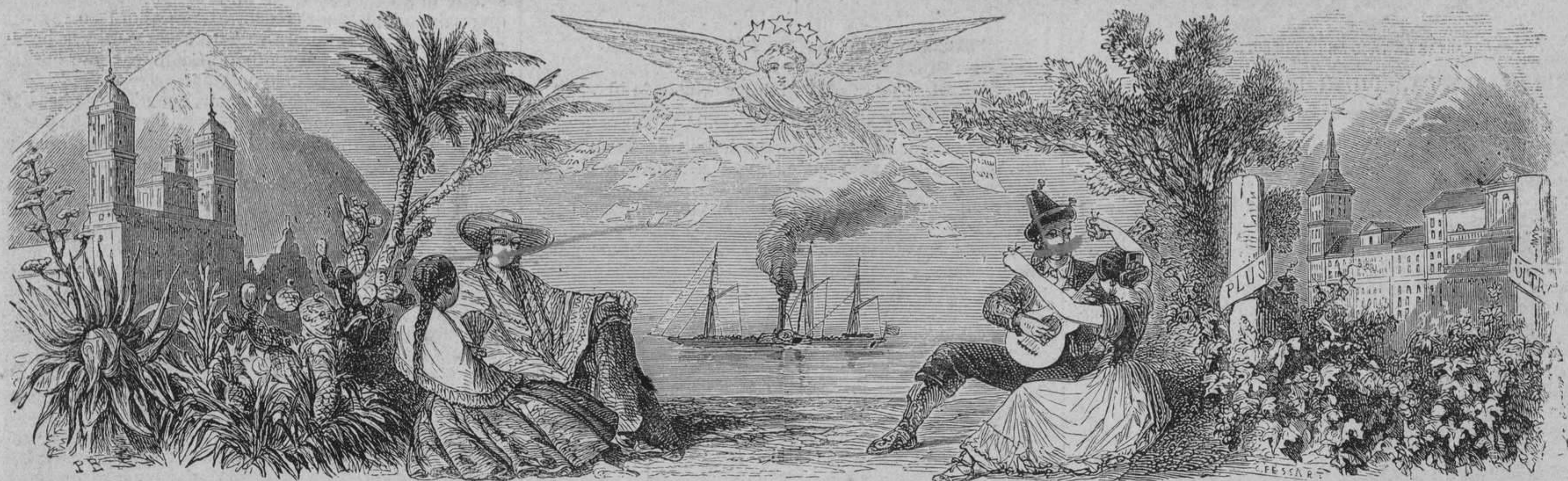


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 23. — Nº 581.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO

Sucesos de Alemania; grabado. — **Las mujeres de nuestro siglo.** — **Salida del príncipe Federico Carlos para el ejército de los ducados;** grabado. — **Las tropas austriacas de tránsito por Berlin;** grabado. — **Expedición á Méjico;** grabados. — **Revista de Paris.** — **El olvido.** — **Soneto.** — **El Hombre-cuestión;** grabado. — **Carreras en el Cairo;** grabado. — **El conde de Flahault de la Billarderie;** grabado. — **La cañonera Kenney botada al agua en Ningpo;** grabado. — **Paris y Londres en 1793.** — **Incendio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile;** grabado. — **Chipre y Pafos;** grabados. — **El corredor de playa.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Platillo de un jarro italiano del siglo XVI;** grabado.

Sucesos de Alemania.

El feld-mariscal Wrangel, que manda el cuerpo de ejército austriaco-prusiano dirigido contra la Dinamarca, es, si no el decano de los oficiales generales de la Europa, al menos uno de los mas ancianos. El 13 de abril próximo cumplirá ochenta y seis años. Tomó parte en la guerra hecha á la Prusia por la república y el imperio, y era teniente coronel cuando la entrada de los aliados en Paris en 1814.

En la época de las contiendas de la Prusia con el arzobispo de Colonia, contribuyó á comprimir, á la cabeza de la 13ª division, la agitacion católica de Westfalia; mandó en jefe en 1848 las tropas prusianas enviadas contra la Dinamarca, ganó la batalla de Schleswig y penetró en el Jutland.

Llamado á Berlin en los momentos de la revolucion, apoyó la disolucion de la Asamblea nacional y proclamó el estado de sitio. No se halla pues puro de servicios en la guerra civil.

Se dice que su adhesion al rey es la causa del favor de que disfruta mas aun que su mérito personal, del que á la verdad no ha tenido que dar pruebas muy concluyentes.

Si el general en jefe es octogenario, en cambio el príncipe Federico Carlos, que manda la vanguardia prusiana, no tiene mas de treinta y cinco años; es hijo del príncipe Carlos de Prusia, hermano segundo del rey.

Sirvió en 1848 contra la Dinamarca, desplegando un gran valor y hasta una temeridad que en un jefe de cuerpo es siempre peligrosa. Fué causa cuando la campaña de Baden, en la batalla de Wa-

ghausel, de que el regimiento de húsares que mandaba llegase á ser sorprendido por un cuadro enemigo que destruyó las dos terceras partes de su fuerza. Es el Murat de la Prusia.

El príncipe Federico Carlos se ha casado hace algunos años con la hija del príncipe de Anhalt, y es autor de un folleto titulado: *el Arte de combatir á los franceses*, que hizo mucho ruido en 1859.

El príncipe real tiene tambien un mando en el ejér-

cito de ocupacion, se halla á la cabeza de la reserva compuesta de la guardia. Sabido es que el príncipe real pertenece á la opinion liberal, por cuyo motivo tiene altercados frecuentes con M. de Bismark. ¿Ha habido rompimiento por su parte con aquel partido, y ha triunfado el ministro definitivamente? Esto es lo que ignoramos.

Varios regimientos austriacos han pasado por Berlin, y el rey no ha desperdiciado la ocasion de arengarlos.

Les ha recordado 1813 y Solferino. El recuerdo no ha parecido muy feliz. La acogida que se ha hecho á estas tropas á su paso no ha sido de las mas simpáticas, sobre todo en Hanover, la Hesse Electoral y el ducado de Oldenburgo. Ha habido numerosas protestas, y emitidas en términos que indican de un modo categórico que no reina el acuerdo mas cordial entre las diferentes partes de la Confederacion. Verdad es que esto ya es sabido.

Mientras damos cuenta á nuestros lectores de los sucesos militares ocurridos, creemos de interés los siguientes datos que hallamos en una correspondencia de Copenhague:

El Schleswig, segun el censo de 1862, cuenta 378,000 habitantes, de los cuales solo 52,000 son alemanes; la superficie es de 9,000 kilómetros cuadrados, en cuyo territorio existen 13 ciudades, 14 aldeas y 260 parroquias. Flensburg, situada en un golfo del mar Baltico, es la plaza mas importante del ducado, y la poblacion asciende á 18,000 habitantes. Las demas ciudades ocupadas por las tropas dinamarquesas, son Schleswig, Frederisekstort, Frederisekstadt, Toningen, Tondern y Husum.

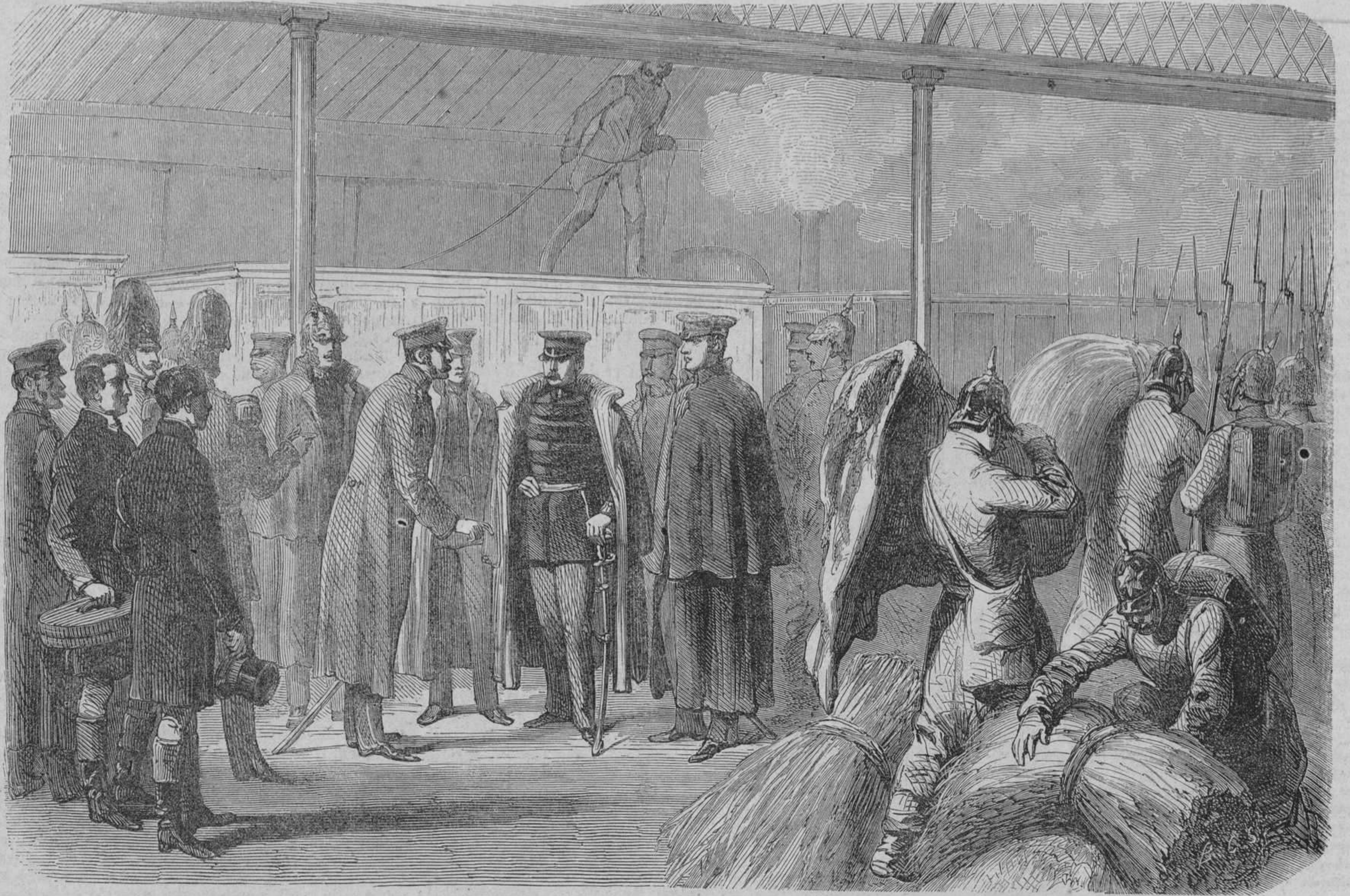
La linea de defensa de Dinamarca se apoya en el Eider, cuyo rio nace en un insignificante lago á 15 kilómetros de Kiel, atraviesa otros varios lagos, se dirige al Oeste por cerca de Klunvensick, baña á Rendsborg, forma el limite septentrional de los ducados y va á perderse en el mar del Norte. El Eider es navegable hasta Rendsborg, por lo cual las cañoneras dinamarquesas podran prestar grandes servicios cuando concluya el deshielo.

Todos los medios de-defensa han sido reconcentrados en el Schleswig, desde que el ejército federal ocupó el Holstein. Aquel pais es completamente pantanoso, y le atraviesa una fortificacion continua llamada el Danevirke, labrada en 1340 y reconstruida hace pocos años. No hay para qué explicar la facilidad que proporciona aquella fortificacion para la defensa del ducado.

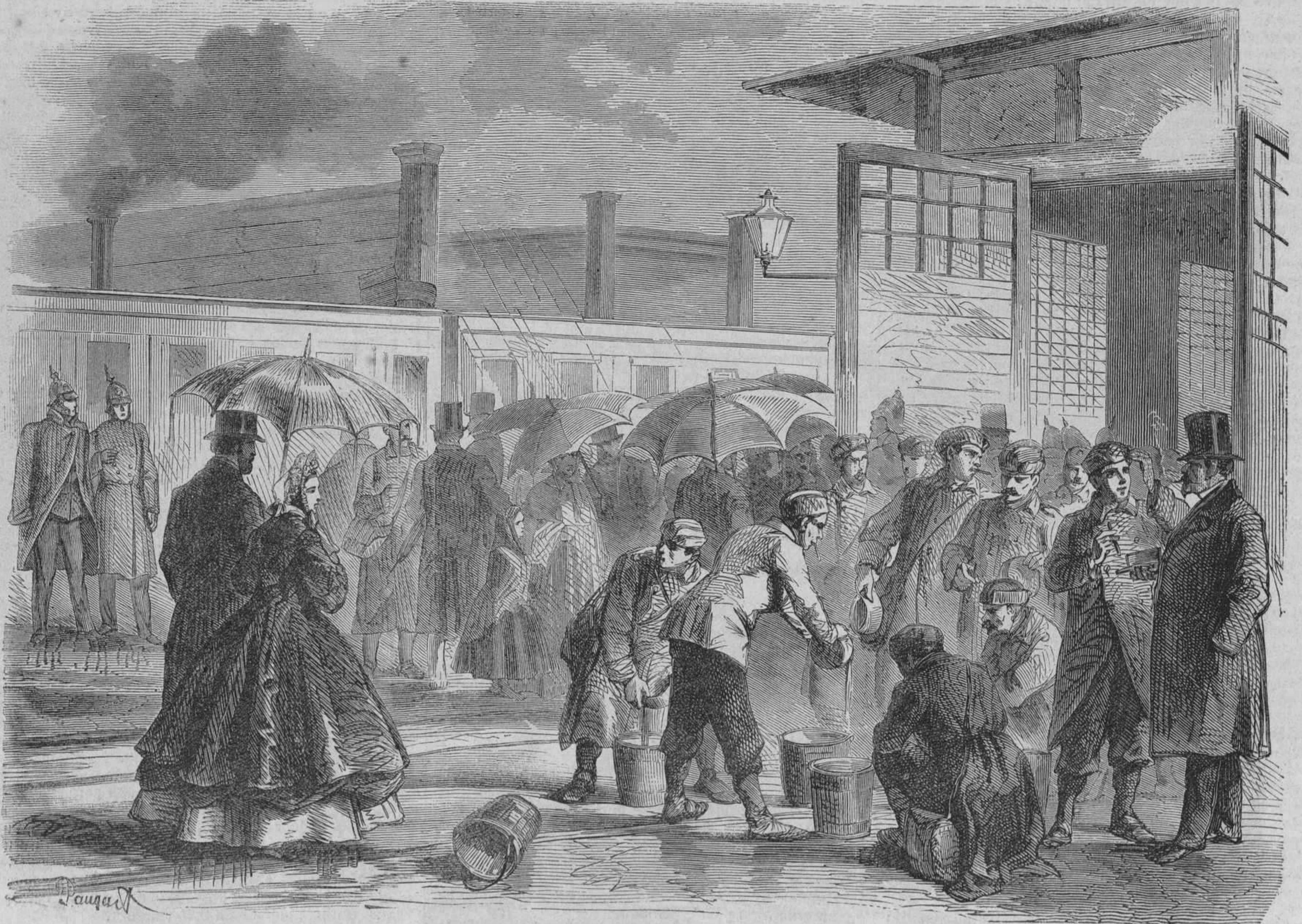
Segun el censo á que nos referimos, la poblacion de todo el reino, comprendiendo en él las islas Feroe, es de 2,235,000 habitantes; su superficie llega á 57,000 kilómetros cuadrados. El Holstein cuenta 397,000 habitantes, de suer-



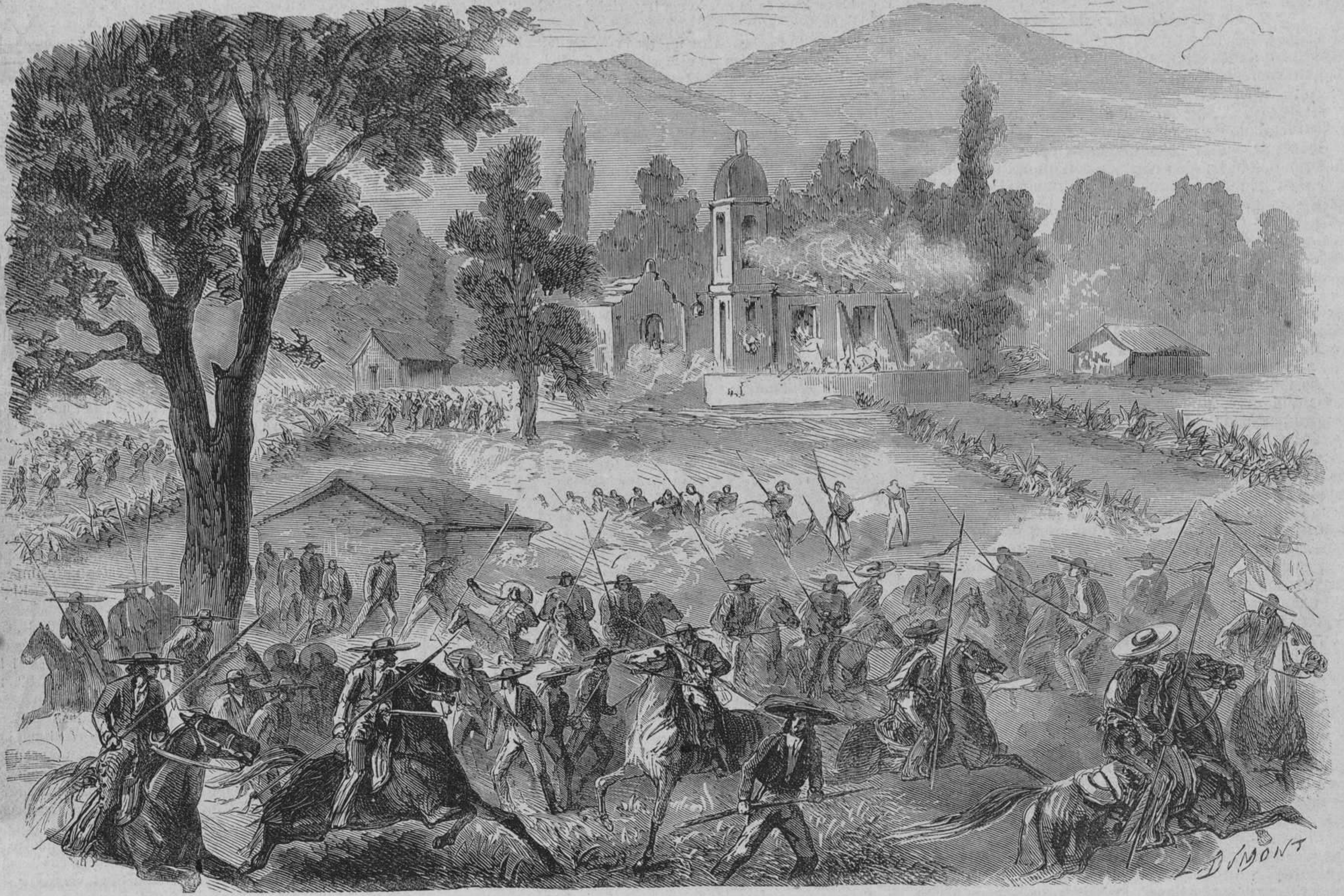
El feld-mariscal Wrangel.



Salida del príncipe Federico Cárlos para el ejército de ocupacion de los ducados.



Las tropas austriacas de tránsito por Berlín : campamento en la estacion del ferro-carril.



GUERRA DE MEJICO. — Defensa de la iglesia de San Nicolás contra los guerrilleros.



Derrota y fuga de los guerrilleros delante de San Nicolás.

pues ordinariamente la localidad que vale cinco francos en el despacho, se vende por dos y medio en la calle.

De esta resistencia el pleito que se halla hoy en manos de la justicia administrativa, y que quizá dé un buen resultado si se atiende á la reclamacion de los hospicios, cual es de suprimir la susodicha costumbre causa de la contienda, reemplazándola de modo que no salgan perjudicados los autores, y las empresas no tengan que temer ya la competencia de los revendedores, que en las condiciones que dejamos expresadas es terrible para ellas.

MARIANO URRABIETA.

El olvido.

(EN EL ALBUM DE NARCISA.)

Olvidar quieres, Narcisa,
Pero mal olvidarás
Si quieres; porque ha de ser
Sin querer el olvidar.

Si de querer el olvido
No te olvidas, hallarás
Que se olvida tu memoria
De tu misma voluntad.

Para olvidar tus recuerdos,
Si es que dispuesta á ello estás,
No acordarte del olvido
Por acuerdo has de tomar.

Si el olvido por bien tienes,
Nunca de él te has de acordar,
Que la memoria del bien
No será olvido del mal.

Cuando menos lo imagines,
Con el olvido darás,
Que olvidar es una dicha
Que se encuentra sin pensar.

El no querer ese olvido
Ya menos querer será,
Y si logras querer menos,
Narcisa, ¿qué quieres mas?

CARLOS C. NUÑEZ.

Soneto.

« Pasan los peregrinos y echan menos
Las sombras de los árboles caídos; »
Cruzan las aves sitios conocidos,
Ayer de flores, y hoy de nieves llenos.

El mar hinchando con furor los senos
Pone espanto en los naufragos rendidos,
Que tierra anhelan ver, puertos queridos
Y cielos transparentes y serenos.

Tiende por fin en la vejez helada
El hombre por do quier sus tristes ojos
Buscando glorias de la edad pasada;

Y en vez de sombra y flores, solo abrojos
Encuentra en el camino de la nada,
Dando al mar de la muerte sus despojos.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

El Hombre-cuestion.

FERNANDO DE LESSEPS.

¿Quién no conoce á M. F. de Lesseps, uno de los hombres mas populares de Europa; esto es, quién no sabe que M. F. de Lesseps construye en Egipto el monumento mas gigantesco y grandioso de los tiempos antiguos y modernos?... Sin embargo, no se conoce bastante su persona, ni las grandes aptitudes y la brillante originalidad que le colocan en ese puesto en el que hoy se fijan todas las miradas.

I.

M. F. de Lesseps tiene cincuenta y tres ó cincuenta y cuatro años; pero su actividad protesta contra sus canas. Su aire noble y franco convierte en amigos á todos los que se acercan á su persona. Su frente, en donde se refleja una gran serenidad de espíritu y de alma, ofrece la señal de una alta lealtad de carácter y de la fuerza dueña de sí misma. Una indefinible expresion de bondad y de benevolencia se pinta en todas sus facciones. Al pronto llama la atencion semejante calma en la fiso-

nomía de un hombre que lleva una vida tan agitada; pero la mirada viva y penetrante de sus ojos hundidos indica en breve que en su interior está hirviendo una indómita energía. Un bigote militar pone el sello á este semblante característico.

M. de Lesseps es hombre de una estatura ordinaria, bien configurado, y que ha sido preservado de la robustez por su continuo movimiento. Visto de espaldas, es un joven. Su larga residencia fuera de Francia ha dado á su persona algo de extranjero, de exótico. Por lo demás, posee en alto grado la viveza y la naturalidad, y como hombre, es en un salon un gentleman consumado.

El hombre destinado á ilustrar su nombre y su país puede permanecer ignorado durante largo tiempo; pero un día llega en que se revela, en que surge á las miradas atónitas, y entonces todos se apresuran á saludar una gran reputacion que nadie recelaba. Así ha sucedido con M. de Lesseps. Ha sido cónsul general y ministro plenipotenciario; mas su eclipse de la diplomacia en 1849 apenas fué notado, y solo se puso en evidencia su individualidad cuando de repente se dió á conocer como promovedor de la obra gigantesca que hará inmortal su nombre.

¡Continuar la idea de los faraones, abrir el canal de Suez!... Para concebir y poner en ejecucion este plan colosal, se necesitaba uno de esos hombres excepcionales cuyo genio es capaz de abrazar en su conjunto los mas vastos designios. Remover todo un mundo, despertar pasiones, fanatizar y arrastrar á todos los espíritus por la conviccion y la elocuencia; ¿quién habria hecho esto? M. F. de Lesseps ejecuta en el órden civil lo que en Francia no se habia visto jamás sino en el órden religioso. Sus facultades se adaptan perfectamente á este gran papel; lo lleva todo militarmente, y tambien diplomáticamente, pues M. de Lesseps ha conservado el tacto diplomático, y ese tacto unido á su vigor, á su ardor incansable, hacen de él quizá el único hombre posible para dar cima á semejante tarea.

No es facil burlar su vigilancia: las estratagemas y los amaños de los ingleses le encuentran siempre alerta.

Con sus astutos antagonistas se muestra prudente y osado, flexible y tenaz, de una paciencia admirable no obstante la fiebre de acabar que le devora. Hombre de accion ante todo, no conoce los rodeos, y se encamina hácia el fin en derechura. Su táctica es adelantar, cueste lo que cueste.

Es hombre muy accesible, muy cordial en las relaciones ordinarias, y franco por naturaleza, jamás se observa en él nada que toque á la afectacion. Habla con fluidez y sin pretension; tiene el tono cariñoso, y es insinuante y seductor, porque se esfuerza por hacer penetrar sus convicciones en el ánimo de sus oyentes. La discusion le anima sin exceso, y jamás se muestra agresivo. Sus réplicas son contundentes.

— En caso de guerra entre las dos naciones, le dijo un día lord Palmerston, la Francia, por el canal de Suez, estaria mas cerca de la India que la Inglaterra.

— Si las dos naciones debieran combatirse nuevamente, respondió M. de Lesseps, la Francia os buscaria no á seis mil leguas, sino á dos horas de sus costas.

Cuando se trata del canal, sus ojos chispean, su fisonomía se muestra radiante, su alma acude á sus labios. Entonces su elocuencia es irresistible, y hasta la incredulidad le rendiria las armas.

II.

M. de Lesseps es un hombre nuevo en Francia, un hombre que ha realizado entre los franceses un tipo bien conocido en Inglaterra: el Hombre-cuestion.

Wilberforce, el apóstol de la emancipacion de los negros; Rowland-Hill, el autor del *Penny-postage*; Ricardo Cobden, el campeón del libre cambio, han precedido á M. de Lesseps en esa via de generosa y desinteresada iniciativa que se adelanta al progreso, que desarrolla la civilizacion, que conduce á la prosperidad á los pueblos.

Sin embargo, hay una diferencia: el Hombre-cuestion que en Inglaterra es el hombre de una cuestion inglesa exclusivamente, ha venido á ser en Francia con M. de Lesseps el hombre de una cuestion europea, ó mejor dicho, universal.

Tiene mas de un punto de contacto con sus ilustres precursores de la Gran Bretaña, que salieron victoriosos de las recias tormentas que suscitaron. Como ellos es habil y persistente, como ellos tiene fe en sí mismo, y posee en grado igual su temperamento y espíritu práctico. Sus procedimientos le son familiares. Ha sabido manejar aquella palanca que fué como un poder sobrenatural en manos de O'Connell. Produjo agitacion, sobreexcitó la opinion pública, y esta por todas partes en Europa correspondió á su llamamiento con sus entusiastas adhesiones.

Tampoco ha olvidado poner un periódico al servicio de su causa. Bajo su inspiracion el *Istmo de Suez* ha venido á colocarse prontamente entre los órganos mas importantes de los grandes intereses comerciales europeos. Gracias á este periódico, M. de Lesseps se halla en comunicacion constante con el público, y sus accionistas estan siempre al corriente del progreso de las obras. El *Istmo de Suez* es su tribuna, y desde ella desmiente los asertos erróneos ó pèrfidos de los enemigos del canal, descubre la malevolencia de sus insinuaciones y protesta altamente contra sus imposturas; por último, en esa tribuna defiende los derechos de la compañía y el interés universal.

M. F. de Lesseps habla á menudo en público. Por do quiera que pasa, desean oír de su boca pormenores precisos sobre su vasta empresa. No se hace de rogar: hablar del canal es el mayor goce de su vida. A mayor abundamiento ha comprendido en su mision el deber de ilustrar á todas las naciones interesadas en la abertura del istmo.

Su palabra es facil y elegante.

Como orador, recuerda ciertos hombres de Estado de la Inglaterra: Palmerston, Bright, Gladstone, Disraeli, quienes en sus discursos en los meetings, en el banquete del lord corregidor, cuentan y conversan mas que peroran, y poseyendo a un tiempo la elocuencia familiar y la elocuencia política, introducen la anécdota en las cuestiones mas importantes, y ella les sirve para desenvolver consideraciones generales del órden mas elevado.

Con la gracia peculiar de este género de elocuencia, M. de Lesseps ha dicho á su auditorio:

— Si llego al fin que me propongo, lo deberé á mi perseverancia... esa virtud de las mujeres...

III.

El promovedor del canal de Suez no halla por todas partes mas que admiradores apasionados, y solo un interés egoísta, miserable, le ha suscitado contradictores. Pero si sus adversarios le admiran, ¿no es esta circunstancia lo mas notable de su triunfo?

Fuera de Francia, en Inglaterra es donde mas ha sido aclamado en un principio.

Los ingleses, que han comprendido el valor de su empresa, no obstante sus esfuerzos para impedir la realizacion, observan los progresos con la mas viva impaciencia de ver el fin.

Los hombres de Estado del Reino Unido, tan ardientes para cerrarle el Egipto, son los primeros que confiesan la grandeza del hombre y de la obra.

Lord Palmerston, que le combate tan obstinadamente en sus periódicos, en los consejos y en el Parlamento, lord Palmerston en su gabinete, *facie ad faciem*, le presta gustoso un oído atento.

El enemigo mas encarnizado de la empresa, Bulwerbajá (1), tiene tan alta idea de su valor, que no pierde ocasion de hacer su apologia.

Esta anomalia se halla perfectamente justificada con este dicho de un inglés, al cabo de una larga discusion con M. de Lesseps:

— En nuestro país queremos á los hombres que nos resisten.

Lo que prueba, dejando aparte las envidias, que los ingleses saben apreciar los grandes caracteres.

En otro órden de cosas, el numeroso personal que dirige se muestra con él lleno de sumision y de respeto. Sobre toda esa gente su prestigio es ilimitado; no hay nadie que no se crea comprometido con la palabra que ha dado de hacer el canal. En repetidas ocasiones ha recibido de estas legiones de empleados, de esos ejércitos de trabajadores las mayores pruebas de adhesion y de cariño.

A consecuencia de las maniobras inglesas, Mouktarbey, enviado de la Sublime Puerta, llega un día á Egipto para notificar que cesen las obras. Habia creído que á su vista un terror pánico iba a dispersar aquellas masas obstinadas en remover la arena; pero solo los menos abandonaron la tarea, y en cuanto á los franceses, declararon que continuarían mientras M. de Lesseps permaneciese firme.

IV.

M. F. de Lesseps es un cuerpo de hierro con músculos de acero; jamás siente el cansancio, y su actividad física y moral tiene algo de prodigiosa: *Monstrum activitatis*, diria Ciceron.

Ha heredado de sus antepasados la aficcion á los viajes, y no obstante estos precedentes, como viajero, M. de Lesseps es una excepcion.

Parece que posee el don de encontrarse al mismo tiempo en todas partes. Hoy se lee en un periódico que está en Paris, y mañana un despacho telegrafico nos dice que M. de Lesseps ha subido el Nilo hasta el Cairo; la prensa de Italia señala su paso por Milan, Napoles y Florencia, y sin embargo, el *Diario de Constantinopla* anuncia que M. de Lesseps ha obtenido una audiencia del sultan, y que la embajada inglesa esta sumida en el mayor desconsuelo.

Los viajes que ha hecho en los últimos seis años son innumerables. Para él ir á Egipto, á San Petersburgo, á Constantinopla, es un simple paseo. Su temperamento se acomoda á todo en los viajes, y todos los géneros de locomocion le son indiferentes. Que tenga que marchar á caballo, en camino de hierro ó en barco de vapor, poco le importa: en la China tomaria un palanquin, en Calcuta montaria en un elefante, en Egipto viaja en dromedario.

Al regreso de una excursion por el Alto Egipto con Saïd-bajá, se encontraba en Carthum en el centro del Sudan, y teniendo prisa para llegar á Paris, tomó un camello y atravesó de este modo, á la oriental, las vastas soledades del desierto de Korosko. Llegado al Cairo

(1) Sir Enrique Bulwer, el embajador inglés en Constantinopla, que los partidarios del canal designan con este nombre, así como llaman al jefe del Foreign-Office el gran visir Palmerston.

sin haberse detenido un solo instante, viene á saber que el vapor de Trieste se dispone á partir de Alejandria, y al punto toma el ferrocarril, se embarca; en Trieste aprovecha seguidamente el convoy de Viena, y sin descansar viene á Paris.

Después de un viaje semejante hecho sin interrupción, se creeria que M. de Lesseps piensa en dormir; nada de eso: al apearse del wagon se aplica al trabajo.

Si se le pregunta cuándo descansa, responde:

— Viajando.

Lo mismo que aquella señora que decia: Descanso bailando.

De todos los países acuden á Egipto personajes distinguidos para visitar las obras. Uno de estos visitantes ha dicho de él:

— Con mucha frecuencia he encontrado á M. de Lesseps á caballo en el desierto y en otras partes, y siempre le he visto al galope.

Los americanos dicen: *Time is money*. Para M. de Lesseps, el tiempo es el movimiento.

— ¿Porqué no tomáis algun reposo? ¿porqué os apresuráis así incesantemente? le preguntaron.

Y M. de Lesseps contestó:

— Porque la Inglaterra es una vieja que puede romper sobre mi cabeza la teja de Pirro.

En Egipto, después de haber recorrido las obras durante el día, trabaja hasta media noche solo, ó con los ingenieros ó los jefes de servicio de la compañía.

En Paris no descansa mas que en Egipto, y sus ocupaciones, aunque de otro género, no son menos numerosas. Tiene que recibir y pagar muchas visitas. Su tiempo esta rigurosamente calculado. Da citas á las seis de la mañana, y cuidado con faltar, pues M. de Lesseps, esclavo de su palabra, es un tirano de exactitud. Un amigo nuestro temiendo parecer importuno á aquella hora, vacila un instante en entrar. En esto sale un coche del patio á la calle, y nuestro hombre se decide... era tarde ya: el carruaje que habia visto se llevaba á M. de Lesseps.

A. V.

(Se concluirá.)



M. F. de Lesseps.

Carreras en el Cairo.

Las carreras del Cairo establecidas por el virey actual, han tenido lugar por primera vez el día 5 de enero en

el desierto, cerca de los Abbassiels, á unas tres millas de distancia de la ciudad. El campo de carrera era un óvalo de dos millas de largo sobre media milla de anchura. La primera prueba se verificó entre los caballos árabes (tres millas), con los premios de 12,500 francos, y 2,500 francos el segundo. Ganó *Hamdany*, perteneciente á M. Smart, al cabo de una lucha reñida con *Dukhy*, perteneciente á Halim-baja. En la segunda prueba entraban los caballos de todas las naciones (cinco millas), con los premios de 7,500 francos y 2,500 el segundo. Corrieron cuatro caballos ingleses, pero fueron batidos sin lucha por un caballo árabe, que no obstante perdió, porque su jockey fué desmontado á la tercera milla, lo que permitió á una yegua de Ali-baja el llegar antes. La tercera carrera (dos millas) con premio de 2,500 francos, fué ganada por Ali-baja, después de una lucha empeñada con una yegua perteneciente á M. Guichard.

El tiempo estaba hermoso: un sol brillante templado con una fresca brisa; las disposiciones tomadas eran excelentes; habian elevado un kiosco para el virey, y una espaciosa tribuna para los europeos. El hipódromo estaba rodeado de estacas y de cuerdas, y varios piquetes de jinetes y de policeman á caballo mantenian el orden. La primera carrera tuvo efecto en siete minutos, la segunda en quince, y la tercera en seis.

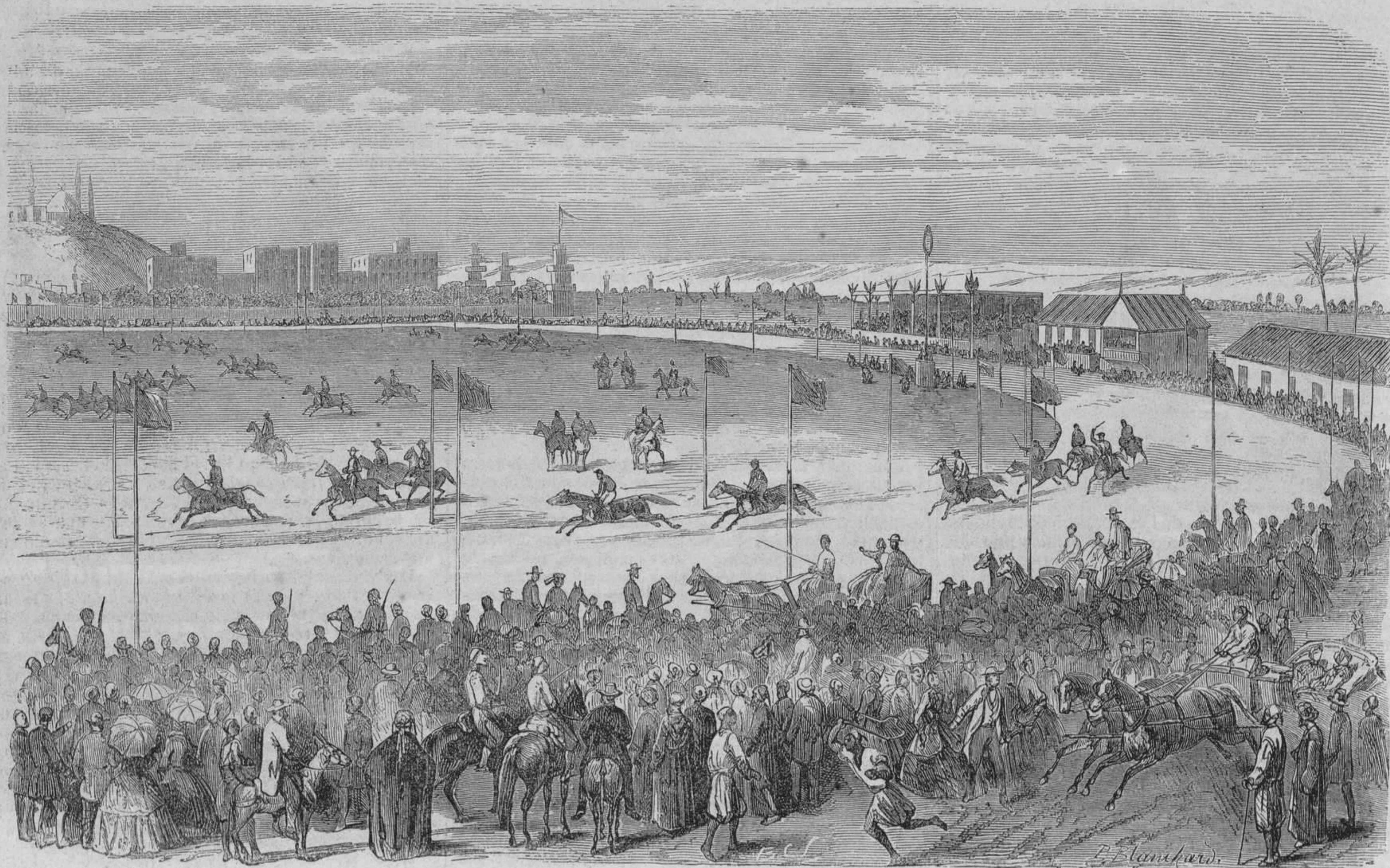
Al fin de la fiesta se disputó un premio de 2,500 francos entre los jinetes Bashic-Bazouk, que se lanzaron á la carrera en masa compacta, formando un espectáculo de los mas animados.

P. P.

El conde de Flahault

DE LA BILLARDERIE.

El conde de Flahault de la Billarderie, que acaba de ser llamado al empleo de gran canciller de la Legion de Honor en reemplazo del almirante Hamelin, nació en Paris el 20 de abril de 1785. Hijo de un oficial general, se alistó á quince años y acompañó al primer cónsul á Italia. Ascendió rápidamente: hizo



Carreras del Cairo en el desierto de los Abbassiels.

las guerras de Portugal, de Alemania y de Rusia, y fué nombrado general con el título de conde en 1813. Par de Francia durante los Cien Dias, apoyó con energía la proposición de Luciano en favor de Napoleon II. El conde de Flahault no volvió á ocupar su puesto en el ejército, así como tampoco en el palacio del Luxemburgo, hasta 1830. Agregado á la casa del duque de Orleans, le confiaron diferentes destinos diplomáticos, entre otros la embajada de Viena, que conservó de 1842 á 1848. — Miembro del Senado en 31 de diciembre de 1852, fué llamado á la embajada de Inglaterra en reemplazo del baron Gros. El principe de la Tour de Auvergne ha sido su sucesor como embajador en Londres.

X.

La cañonera *Kenney*

BOTADA AL AGUA EN NINGPO.

Ningpo 15 de noviembre de 1863.

La cañonera de vapor *Kenney* ha sido botada al agua en Ningpo el 31 de octubre en los astilleros de la marina imperial, y esta ceremonia ha tenido todo el carácter de una fiesta pública, por la razon de que la creación de ese astillero provisional ha sido una de las primeras señales del renacimiento de la ciudad al salir de las ruinas amontonadas por los rebeldes. Al tomar el mando del apostadero naval francés, el contra-almirante Jaures, compadecido de la población que había sufrido tan dura prueba, aseguró trabajo á los numerosos operarios de la marina, mediante la construcción de cuatro cañoneras de vapor, en tanto que con su licencia un oficial continuaba pacificando la campiña á la cabeza de tropas chinas instruidas y mandadas por sargentos franceses.

La primera cañonera ha tomado el nombre de M. de *Kenney*, aquel bizarro oficial que fué mortalmente herido al dar el asalto de los muros de Ningpo en mayo de 1862; y dos batallones del cuerpo franco-chino han recibido los nombres del alférez de navío Lebreton, y

del capitán de artillería Tardif de Moidrey, que perecieron ante la gran ciudad de Chaochin.

Cuando se hubo tomado Chaochin, no fué ya dudoso el éxito de la empresa de las cañoneras. Se prosiguieron las obras activamente, y los buques franceses que

se hallaban en el río prestaron su ayuda. Finalmente, hasta los operarios chinos comprendieron el carácter de la obra y aceptaron sin elevación de salario, la supresión del trabajo cada dos domingos, descanso indispensable para los contra-maestres europeos, en medio de los fuertes calores del verano.

El día de la ceremonia, monseñor Delaplace acompañado de su clero fué á dar la bendición al nuevo buque, y si las hermanas de la caridad tuvieron que estarse en casa, porque así lo exigen las costumbres del país, pudieron asistir á la fiesta desde las ventanas de una de sus casas de huérfanos.

Después de la bendición se dió la señal para arrojar el buque al agua. Mientras se hacían los preparativos, las autoridades chinas pedían explicaciones sobre los pormenores de este espectáculo desconocido en sus construcciones navales, y cuando el buque deslizándose lentamente entró en el agua, S. E. el taotae prorumpió en aplausos, que fueron repetidos por todos los presentes.

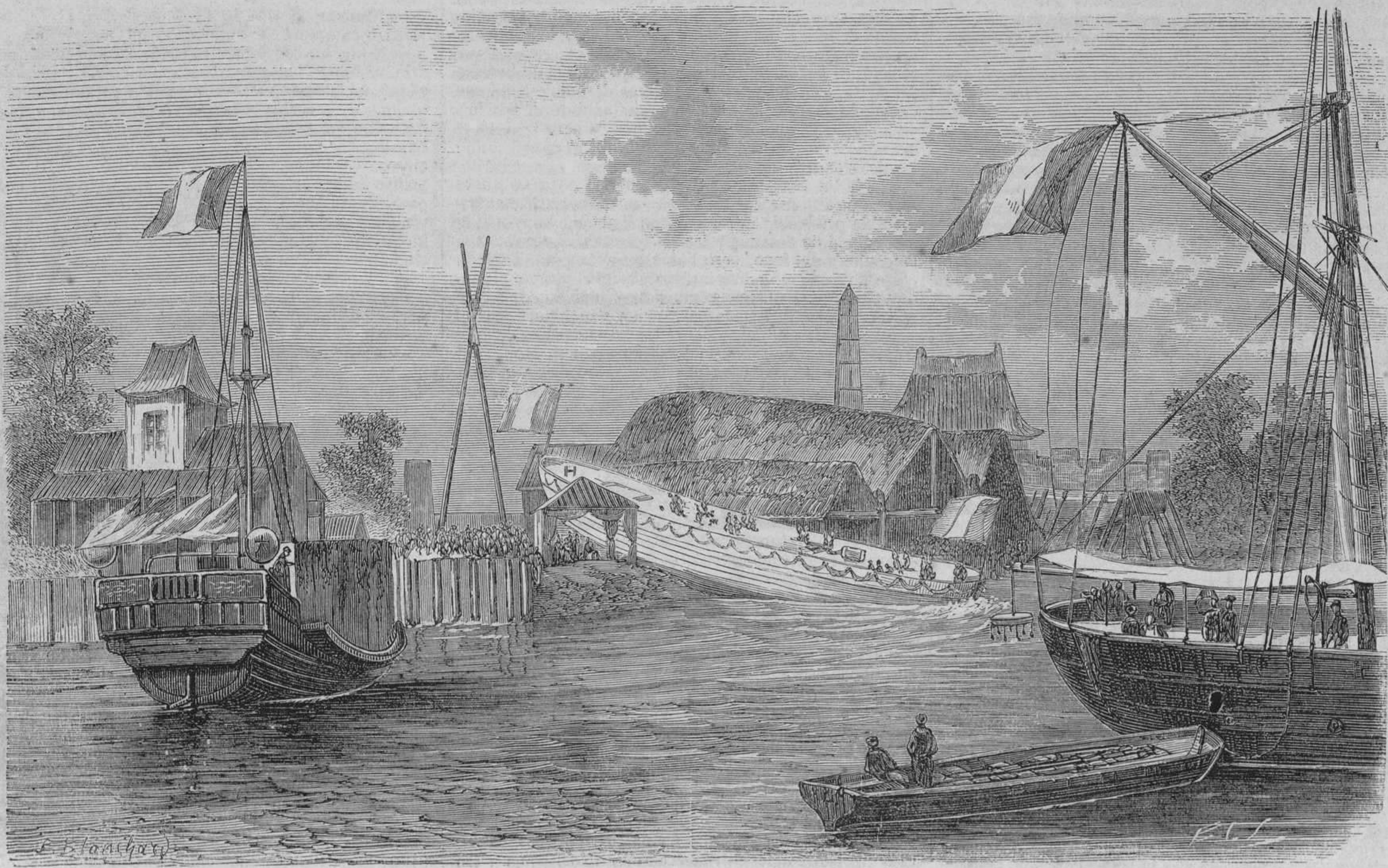
Segun los usos del país, á toda ceremonia debe seguir un banquete, y desde la introducción el vino de Champaña corre abundantemente en estos festines. Por la proposición de M. Maugum, cónsul de los Estados Unidos, la primera copa se vació en honor de la cañonera, y el ingeniero de la marina, M. Verny, jefe del astillero, echó el último brindis á la prosperidad de la ciudad de Ningpo, cuyos habitantes han sabido reedificar en un año las dos terceras partes de su población con la mitad de sus arrabales. Este brindis fué recibido con aclamación: *Ningpo for ever!* decía un comerciante inglés que hace diez y ocho años plantó allí su tienda, habiéndola forrado muchas veces con las mas bellas sedas del Tché-Kiang.

Hé aquí pues la cañonera *Kenney* en el mar. Muy pronto recibirá las máquinas y el material de armamento preparados cuidadosamente en el arsenal de Brest.

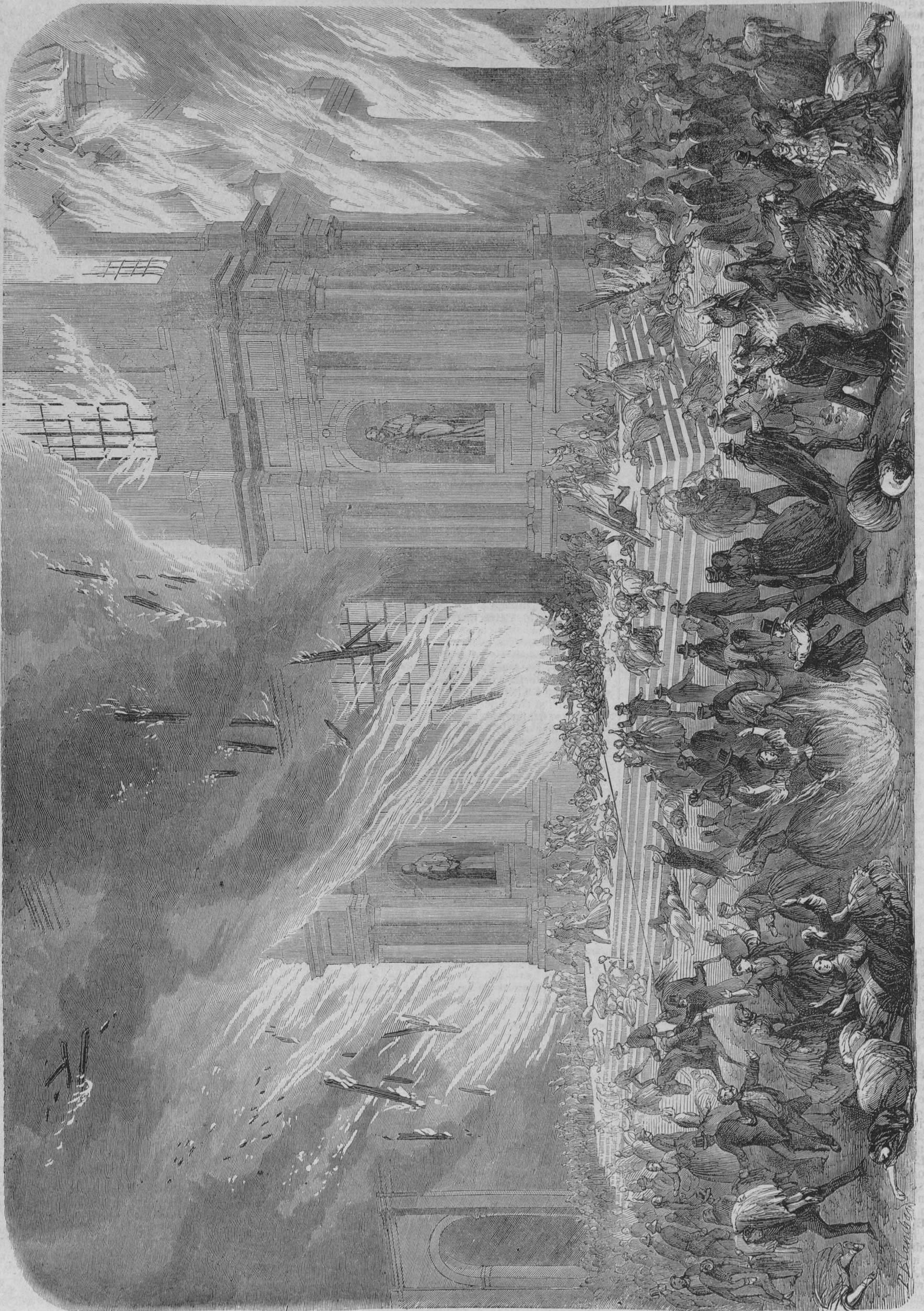
Ahora es preciso añadir que los ríos de la China están surcados de vapores, pero que los chinos emplearán muchos mas aun. La marina imperial acaba de pro-



El conde Flahault de la Billarderie, gran canciller de la Legion de Honor.



La cañonera *Kenney* botada al agua en Ningpo.



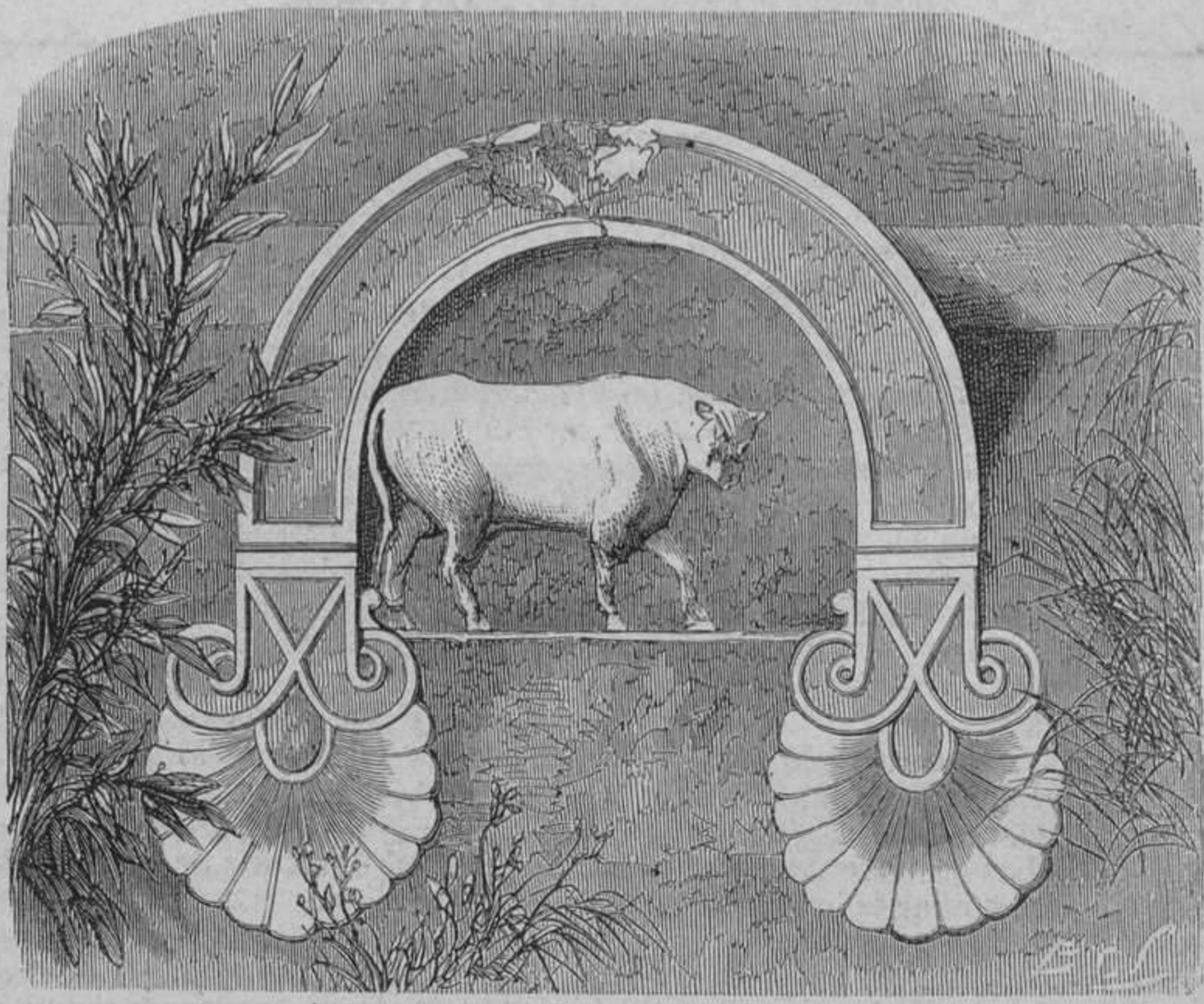
Incondio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile.

panto vive y vivirá todavía, intenso, como en el primer momento de la desgracia. La mayor parte del comercio se ha asociado también al luto general.

Hasta aquí llega la extensión de la catástrofe. En cuanto a su origen, hé aquí algunos pormenores de que carecimos en el primer momento.

El templo no había sido aun enteramente iluminado. Un sacristán se ocupaba de encender con su mecha los quemadores de una media luna situada en el altar mayor, á los piés de una imagen de la Virgen. Abierto y encendido uno de los quemadores, la luz subió á media vara de altura. La llama se comunicó á varios adornos de flores, de allí pasó al lienzo pintado, y en un momento el altar no era mas que una masa de fuego.

Alguna guirnalda de flores de mano y cintas se extendía desde el altar hasta la cúpula. Encendida á su vez, llegó el fuego hasta las alturas, y la cúpula en otro instante se vió convertida en llamas. Entonces y solo entonces la concurrencia buscó la salida, sobre todo la de las puertas principales. La esperanza de que se apagase el fuego principiado y el deseo de continuar la función habían detenido á la multitud. Nadie había creído encontrar la tumba en ese lugar, ni mucho menos perecer abrasado por el fuego.



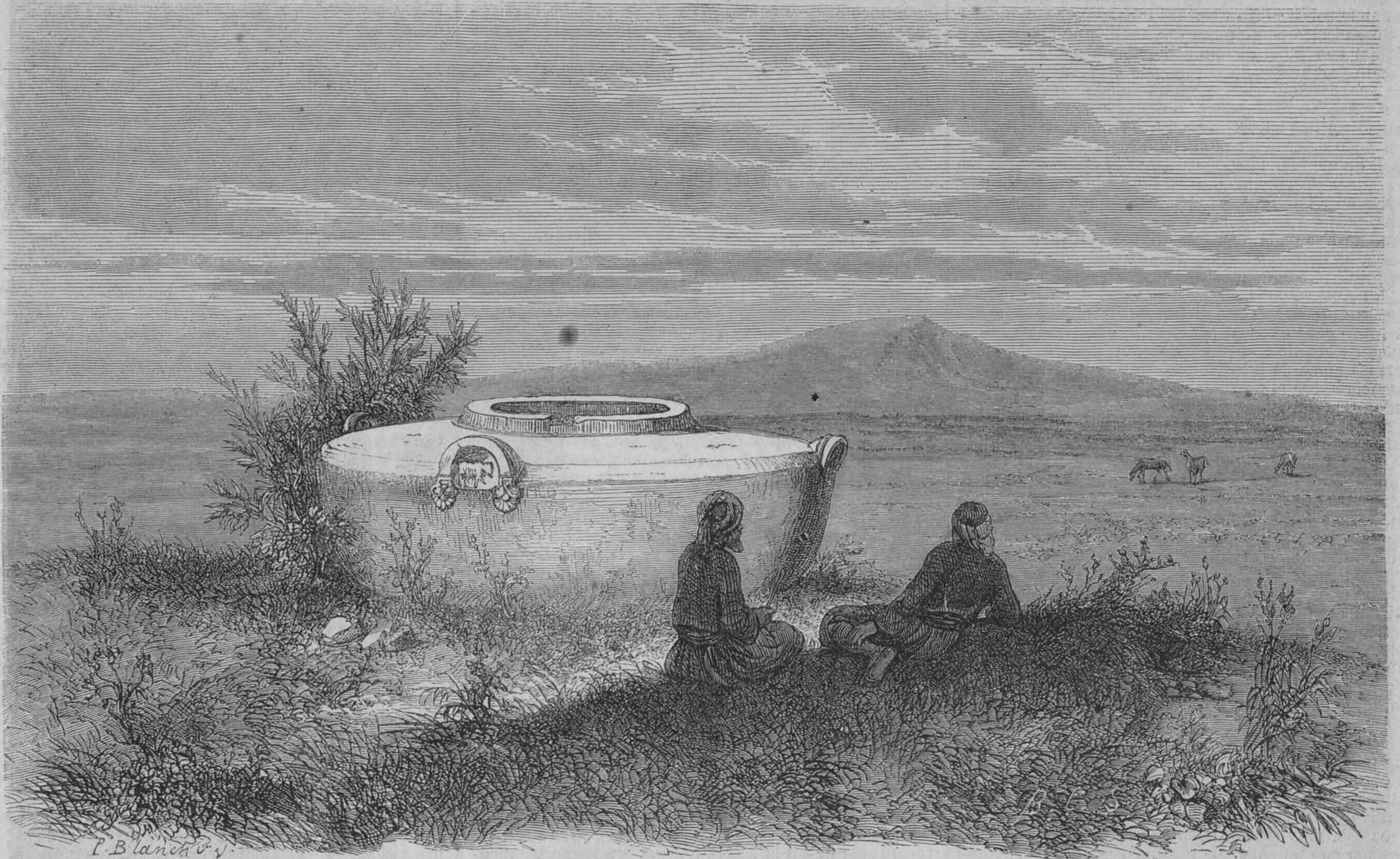
Asa del jarron de Amatonta.

La puerta de la calle de la Bandera estaba á medio abrir. Nada mas fácil que formarse el hacinamiento desgraciado á que debió sus enormes proporciones la horrible mortandad. Otro tanto sucedía en la puerta principal, y otro tanto en la puerta lateral de la izquierda. Dominados por el pánico mas espantoso, los primeros fugitivos caían en los umbrales mismos; seguía el tumulto de atrás, y los que se acercaban sin distinción sufrían la misma suerte. Las puertas quedaron perfectamente obstruidas.

El mayor número de los que han podido salvarse lo han hecho por la sacristía. La concurrencia se dirigía preferentemente á las puertas principales, y detenida allí por el obstáculo, contribuía tan solo á robustecerlo.

Encendida la cúpula, sus tizonas principiaron á caer sobre la muchedumbre; siguió el entablado, y una lluvia de fuego intermitente principió á quemar los vestidos de los concurrentes. Entonces tuvieron lugar las escenas mas espantosas de desesperación. Individuos hubo que se arrojaron al medio de las llamas para sacar á sus padres ó á sus hijos, y no volvieron á salir.

Un arbitrio oportuno en tan angustiadas circunstancias dió por un momento alguna esperanza. Un hombre del pueblo arrojó su lazo por una de las puertas, y gran número de per-



El jarron de Amatonta.

sonas se asieron á él con todas sus fuerzas. Sobre su caballo y despues de asegurado en la montura, el campesino lo retiraba por en medio de la multitud. Asi consiguieron salvarse algunas personas. Repetida la operación, tal vez hubiera evitado gran número de victimas; sin embargo el hado era fatal; la cuerda se rompió asida por mil brazos, y no hubo quien la reemplazase por el momento. Tampoco era ya tiempo de hacerlo. Las llamas invadían las puertas, y toda salvacion era imposible.

En los umbrales mismos han perecido centenares de personas, quemadas á la vista de un pueblo inmenso á que dirigían sus brazos en ademan suplicante, y que en esos momentos era impotente para salvarlas. En el interior de la iglesia la confusión era espantosa. El cielo y el pavimento arrojaban llamas inmensas, las del segundo alimentadas por cuerpos humanos.

El campanario anunciaba á ese tiempo la horrible agonía de dos mil almas. Pocos momentos despues ese mismo campanario había de hundirse con estruendo espantoso, dando fin á la parte mas desconsoladora de tan atroz pesadilla.

El incendio había terminado. A los lastimeros gritos de las victimas sucedía un silencio profundo que de tarde en tarde era interrumpido por el último suspiro de un moribundo.

La iglesia, iluminada por sus murallas candentes y enrojecidas, era entonces cien veces mas aterrante que mientras se quemaban las infelices victimas. El ruido

𐌲𐌳𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶
𐌲𐌳𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶

𐌸𐌺𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶

𐌸𐌺𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶

𐌸𐌺𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶

𐌸𐌺𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶𐌰𐌽𐌰𐌹𐌶

WVAAYWEM

WMWMAADY

Inscripcion del jarron de Amatonta.

de las llamas, acompañado del que producían los derribes de los techos y de las paredes, solo alteraban la paz de aquel sitio tan tristemente famoso. Gran número de cuerpos ennegrecidos alzándose por entre los escombros, parecían haberse levantado del fondo de la tierra para mirar el horroroso espectáculo y volver otra vez á sus sepulcros. Otros, inclinados sobre si mismos, parecían orar profundamente, despreciando los horrores que los cercaban.

En la mañana de ayer las murallas humeaban todavía. Al espanto de los muertos había sucedido la desesperación de los vivos, esa desesperación que todavía reina en todas las familias, en todas las habitaciones, desde la opulenta mansion de los ricos hasta la choza miserable del hombre del pueblo.

Se trata de la demolición completa del edificio y su transformación en un jardín. Es la aspiración de todos, y las autoridades deben concederlo, aun cuando mas no sea que por satisfacer en cierto modo á tantos desgraciados que miran en él la hoguera de sus deudos.

Nos dicen que la autoridad eclesiástica prepara la celebración de exequias fúnebres en honor de las innumerables victimas de la Compañía.»

Esta iglesia de la Compañía cuya demolición se pide en los diarios que tenemos á la vista, se ha reedificado cuatro veces, y el Mercurio del vapor hace de ella una reseña histórica que creemos muy digna de interés en estos momentos y que por falta de espacio dejamos para el número próximo. R. S.

chaba con ansiedad, oyó algunos gemidos dolorosos: sin duda el médico sondeaba la herida.

— Hablemos, murmuró el anciano: esto nos distraerá: dice la tía Clara que es un joven.... ¿qué edad crees tú que tenga, hija mía?

— Unos veinte y cinco años.

— Y añade que lleva lienzo fino y vestidos buenos; sin duda es un hombre rico, y según dice tu tía sus facciones respiran un aire de nobleza como si perteneciera a una casa ilustre.

— Cierto, padre mio; si le viérais no podríais menos de conmoveros.

— Mientras tú has ido a buscar al médico, he querido escuchar lo que decía en su delirio: nombra repetidas veces el cadalso, habla de su padre y de su hermana, y los llama con inquietud, como si quisiera preservarlos de un gran peligro.

— ¡Cuánto se detiene el médico! repuso la joven sin prestar atención a las últimas palabras de su padre. ¡Ah!... ¡por fin! Hé aquí a M. Darings, añadió Bella corriendo al encuentro del médico. Y bien, señor, ¿no hay esperanza?

El doctor, tomando la mano de la joven, dijo:

— Vuestra compasión es un sentimiento digno y cristiano, pero vuestro pecho me hace creer que en vez de un enfermo voy a tener que asistir a dos. Es preciso que trateis de reponeros, tanto mas que he encontrado al enfermo menos grave de lo que al pronto me pareció.

— ¡Bendito sea Dios!... murmuró la joven elevando al cielo sus ojos.

— Sus heridas, porque tiene varias, no son profundas, y el cráneo ha sufrido poco: su brazo izquierdo está fracturado; pero eso no es difícil de curar; es cuestión de tiempo.

— ¡Ah, padre mio! ¡no morirá, no morirá! dijo la joven con acento delirante.

— No podemos cantar victoria todavía, interrumpió la anciana que entraba con un lío de trapos y vendas; aun no ha pasado el peligro.

— En efecto, repuso el médico; el herido tiene fiebre y cae con frecuencia en el delirio. Si solo una grande impresión ha trastornado sus sentidos, estamos bien, porque sus heridas no son peligrosas; pero si el delirio es efecto de golpes recibidos en la cabeza, su estado puede ser comprometido... por eso necesitamos algunos días de observación. ¿Palideceis de nuevo? vamos, hija mía, una joven como vos debe tener imperio sobre sí misma.

Y disponiéndose a partir, prosiguió:

— Adios, amigos míos; he dejado mis instrucciones a esta buena mujer; si su agitación aumenta, hareis beber al herido unas gotas de este frasquito mezcladas en un vaso de agua, y la fiebre se calmará. Yo volveré mañana; pero si su estado se agravase enviadme a buscar. Ahora me pasaré a decir al cura de Adinkerke que venga a ver al herido, y entre tanto, no os recomiendo mas que silencio; quietud es lo principal que necesita.

Y cuando ya estaba casi en la puerta, como si le ocurriera una idea repentina, volvióse al anciano, tomó su mano y le dijo:

— ¿Vos sois el dueño de esta casa? quisiera deciros algunas palabras a vos solo: ¿quereis acompañarme hasta la puerta?

Bella y la tía Clara miraron al médico con sorpresa y terror. Esta conversacion secreta les parecia un triste presagio.

Fuera de la casa ya el doctor y el ciego, dijo el primero al segundo:

— Vais a tener en vuestra casa durante algunos días, durante algunas semanas quizás, a un desgraciado: ¿consentis de buen grado en ello?

— Que permanezca todo el tiempo que necesite, repuso el padre Stock. Si Dios permite que cure, nos creemos harto recompensados por nuestra buena acción.

— No lo dudo, replicó el doctor, pero vos sabéis sin duda cómo están los negocios en Francia, y sobre todo en la Flandes francesa. Allí son perseguidos los realistas y los nobles en general: ignoramos quién es el desgraciado que está en esa cama; tan pronto habla francés

— Decís bien, señor; se hará como vos decís.

— Hasta mañana, amigo mio.

— Dios os guarde, señor.

— ¡Padre, padre! ¿qué os ha dicho M. Darings? preguntó Bella con inquietud.

— Vuestra conversacion nos ha hecho temblar, replicó la tía Clara.

— Os alarmais sin motivo: no queria hablarme de la enfermedad de nuestro joven. Su única intencion era convencerme de que no debíamos hablar a nadie de este triste suceso hasta que sepamos quién es ese extranjero: los tiempos son peligrosos; hay personas que solo salvan su vida escondiéndose; pudiera ser nuestro herido uno de ellos.

— ¡Oh! si, si: ¿lo ois, tía mía? no habéis nada de ello a nuestros vecinos.

— No parece sino que yo soy una charlatana, replicó enojada la anciana.

— Y Ko que se ha enterado, ¿cómo le haremos callar, él que goza en contarlo todo a todo el mundo?

— Yo me encargo de él, repuso la tía; poseo un medio infalible para que sea discreto. Bella tendría aun mas imperio sobre él si quisiera darle alguna esperanza.... ¿no me escuchais, Bella? El enfermo debe dormir.... el mismo médico le ha dado un calmante.

— ¡Ah! parecia que habia llamado; é iba a ver.

— Sobrina mía, dejadle tranquilo: ya sabéis lo que nos acaban de decir. Ahora

lo que interesa es ponernos de acuerdo a fin de decir todos lo mismo: esto tambien es velar por el enfermo. Además, es preciso pensar en alternar para cuidarle.

— No os ocupeis de eso, tía mía; yo no me he de separar de él en toda la tarde.

— ¿Y por la noche, Bella?

— ¿Creéis que tendré sueño habiendo a mi lado una persona que sufre?

— No importa; tu tía tiene razon, dijo el anciano. Dios sabe cuántos días deberá guardar cama el enfermo, y yo no puedo permitir que tú expongas tu salud; aceptamos vuestro auxilio, hermana.

— Pues hé aquí cómo nos arreglaremos: ahora voy a mi casa a lavar un poco de ropa y dejar arreglado el cuarto. Despues vuelvo para que Bella haga otro tanto; por la noche yo velaré hasta las doce, mientras vos dormís.

(Se continuará.)



Platillo de un jarro italiano del siglo XVI.

como alemán; así pues, debemos creer es de la frontera, quizá un hombre que se ha sustraído a persecuciones de la república, y que si supieran dónde se oculta no lo pasaría bien. Creo que obrareis prudentemente hablando lo menos posible de este suceso: entre tanto que él recobra la razon, recomendad a todos el mismo silencio, y yo por mi parte se le encargaré al señor cura.

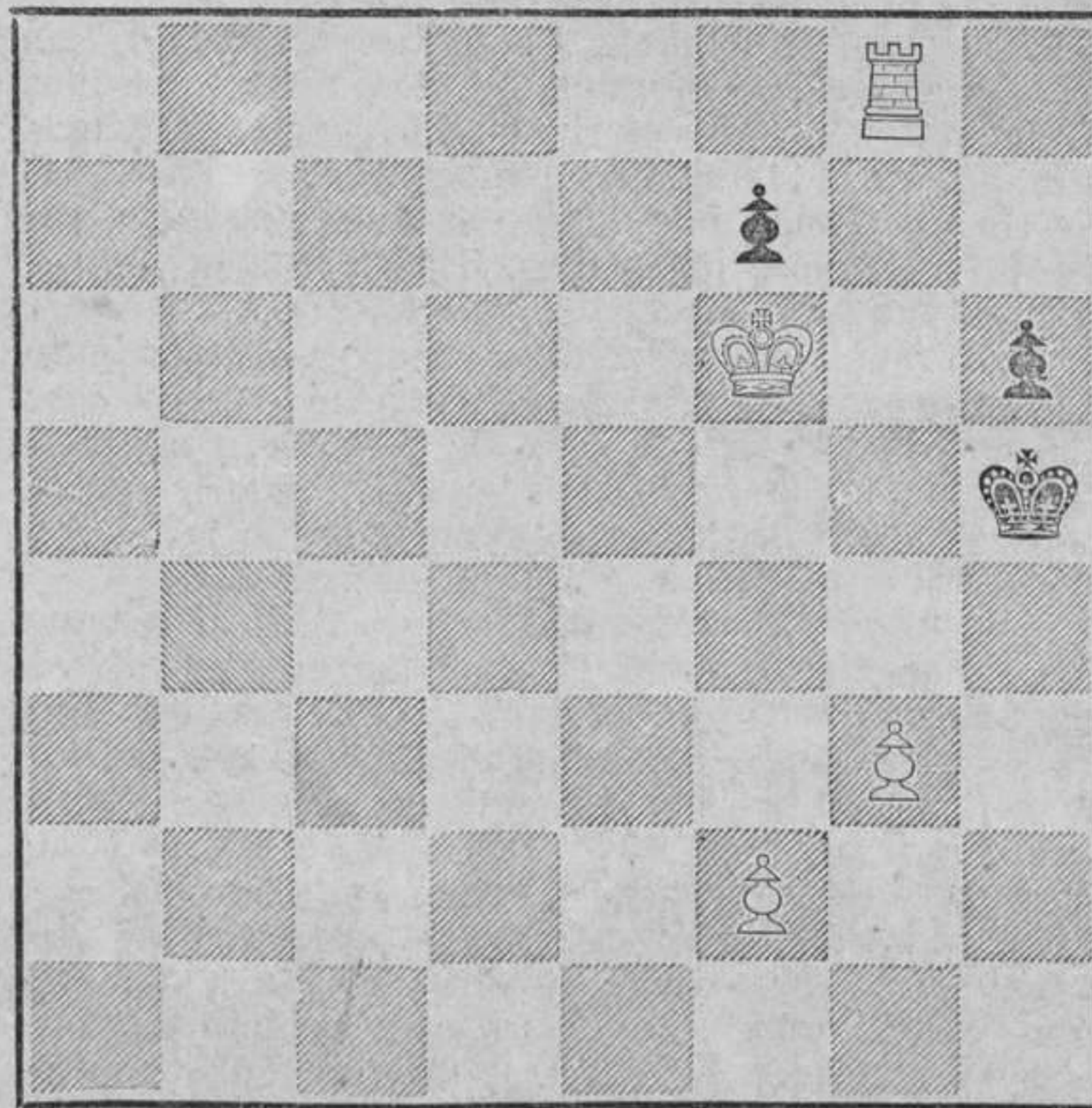
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 100

- | | |
|----------------------------|-------------------|
| 1 C 5ª A | R casilla del C |
| 2 R 7ª Ra | R casilla de la T |
| 3 C 6ª T | P come T |
| 4 R 7ª A | P un paso |
| 5 P un paso jaque | R 2ª T |
| 6 P un paso hace Rª jaque | R 3ª T |
| 7 Ra 6ª ó 7ª T jaque-mate. | |

PROBLEMA NUM. 101, POR M. DO.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Platillo de un jarro italiano del siglo XVI.

Damos en esta página una preciosidad artística, el platillo de un jarro italiano del siglo XVI, dibujo tomado de la *Gaceta de Bellas Artes*. Esta revista es una publicación de las mas notables. Apenas cuenta cinco años de existencia, y ha estampado ya en sus columnas mas de mil grabados en madera que representan cuadros, esculturas, aguas fuertes, dibujos de grandes maestros, monumentos de arquitectura, medallas, jarrones griegos, marfiles, esmaltes, armas antiguas, objetos de platería, encuadernaciones y curiosidades de mil géneros. Además, ciento veinte grabados al agua fuerte ó al buril tirados aparte, reproducen los principales objetos de que se trata en el texto. Entre sus redactores figuran los hombres mas competentes que hay en Francia para tratar las cuestiones artísticas. Nuestro dibujo puede dar una idea del mérito de las obras que ofrece al público la *Gaceta de Bellas Artes* de París, que figura hoy en primera línea entre las publicaciones de su índole.

A. D.

ADVERTENCIA.

La *Revista de la Moda* correspondiente al figurín que acompaña a este número, la hallarán nuestros suscritores en el número 582.